

TALLER DE ESCRITURA CREATIVA – MICRORRELATOS Y RELATOS BREVES: 2ª Sesión.
Temporada 2020-2021 - 3 de noviembre de 2020

En cada reunión del taller de microrrelatos, primero leemos, escuchamos y comentamos los relatos escritos en casa, para después improvisar uno durante la sesión, que leeremos al final de la misma. Os presentamos sendos grupos de relatos resultantes del trabajo en el taller. Disfrutad con su lectura. 😊

Comenzamos con los relatos surgidos de la tarea encomendada al finalizar la primera reunión y cuya fuente de inspiración fue la canción de "Courage" cantada por Villagers. Como excusa para crear un relato **en primera persona**, el escritor viaja en el medio de transporte público que elija y escuchará esta canción...

La hora de la siesta

Andrea Pincu

Voy sentada en el autobús; hay muy pocos pasajeros a esta hora de la siesta. Llevo sobre mi regazo, con cuidado, un periódico doblado.

El conductor para evitar la modorra, pone la radio a un volumen bastante alto y suena una canción en inglés: "Courage", palabreja que repite el de la guitarra que canta la balada. Eso mismo me digo yo, *courage*, mejor en castizo, coraje, valor. Ya queda menos.

Toco el timbre y me bajo en la zona comercial. Saco de entre el periódico doblado una pistola, bastante grande, que fuera de mi padre y en otros tiempos también de mi abuelo, y sin ninguna contemplación disparo contra el escaparate de la tienda de *Vodafone*.

¡Ya era hora de que alguien hiciera algo!

Hoy puede ser un gran día, pero no

NAKUPENDA

Hoy casi pierdo el autobús. No encontraba sitio para aparcar y como siempre voy con el tiempo justo, he tenido que correr un poco.

El autobusero me ha puesto cara de pocos amigos pues ya estaba en marcha, y me he sentado de golpe en el único asiento libre que había, dando con mi mochila a la señora del asiento de al lado, que me ha puesto verde a voz en grito.

Hoy presiento que no va a ser mi día bueno...pienso para mí.

Según me acoplo en el sitio después de calmar a mi vecina, me pongo los cascos con mi canción favorita, que me transporta a un lugar de quietud. Cierro los ojos y dejo que me vaya llevando por recovecos donde los frenazos y las curvas son momentos que pasan inadvertidos.

Repito la canción una y otra vez... Mi vecina de asiento ahora es otra, y yo sigo ensimismada en mi viaje auditivo.

En un momento dado abro los ojos para tomar conciencia del presente, y como no podía ser de otra manera, para no enderezar el día, ¡me he pasado tres paradas! y llegaré tarde al trabajo.



Imagen tomada de www.freepik.es

En el autobús

Alfred Main Solsona

Un 15 de junio de 1995, a las 8:00, me encontraba en la parada del autobús con mi carpetón formato A-0, donde llevaba todos mis planos del proyecto fin de estudios, para su correspondiente evaluación. Escuchando la radio en mi walkman, sonaba una canción de esas que casi te hacen vomitar, cuando miro mi vestimenta: pantalón de franela color lila, camiseta de Barcelona '92 con un extraño diseño mal delineado que simulaba a un perro y zapatillas rojas con pintas negras y me dije:

—¡¡carajo...!!, si voy en pijama...

De esto, que llegaba ya el autobús y con esta guisa, me subí...

El conductor del autobús me miró y partiéndose “la caja”, solamente me dijo:

—Buenos días, si sube con ese pedazo carpeta, le tengo que cobrar el doble.

Saqué mi bonobús de estudiante, lo piqué y sin decir nada, pasé: Era lo que el conductor me decía siempre cuando me veía con todos los bártulos de dibujo y ya estaba acostumbrado a ese único comentario.

Volví a encender el walkman y seguía sonando aquella ridícula canción. Entonces lo apagué y puse la cassette que llevaba: “*Highway to Hell*”. Se me acercó una compañera que también iba en el bus, desovándose a carcajadas, observando las pintas que llevaba, me dijo:

— Y con esa guisa te vas a presentar al examen...

Y yo desconcertado, sonreí y contesté:

— Bueno, aprobaremos... dalo por hecho...

Último tren, trayecto desconocido

Bárbara Izquierdo

Desperté una mañana gris en la que el sol parecía ausente y las nubes negras eran las protagonistas en el cielo.

Miré aterrorizada el despertador -"¡Ya debería estar allí!"- me levanté de un salto y me vestí. Salí escopetada de mi apartamento para llegar cuanto antes a la estación. Bajé sobrevolando las escaleras antes de que se marchara el último tren. Cuando la puerta se cerró, yo ya estaba dentro. En ese momento empecé a observar a todos a mi alrededor. Todas las personas que allí viajaban vestían una gabardina, llevaban puesto un sombrero en la cabeza y en la mano portaban un paraguas de bastón. Dentro del vagón había un músico cantando y tocando la guitarra. Interpretaba una melancólica canción de Villagers, *Courage* y, así, al ritmo de sus acordes, el tren salió del túnel y empezamos a contemplar el siempre bello paisaje. El convoy, por sus raíles, empezó a subir la cuestecita hasta el puente y una vez allí, se detuvo; las puertas se abrieron. Los extraños viajeros empezaron a levantarse poco a poco y se fueron colocando uno tras otro.

El primero de la fila abrió su gran paraguas como si de un paracaídas se tratase, dio un paso al frente y comenzó a volar.

Extrañada y sorprendida, me levanté del asiento para entender mejor lo que estaba ocurriendo mientras los pasajeros continuaban saliendo sin mediar palabra.

-¿Qué hacen?, ¿Dónde van?- le pregunté a una señora que observaba y sonreía.

-Van camino de su libertad- respondió, cómplice de la situación. -¿De su libertad?- volví a preguntar, más desconcertada aún si cabe.

-Sí, justo aquí empieza el proceso para ser libre-

-¿Y yo puedo serlo también?-

-Todos podemos nena, si así lo decidimos-

-¿Y podré volar como ellos?-

-Ellos no vuelan, querida, solo se sienten así-

-Yo también quiero sentirme así-



(Imagen tomada de www.freepik.es)

-Todo depende de ti... Si quieres, puedes. ¡Toma, tengo lo que necesitas!- y sacó de su bolsa un pequeño paraguas

-Esto te ayudará a comenzar-

-¿Por qué?, ¿para qué?- pregunté ignorante.

-A veces, cuando hacemos uso de nuestra libertad, caen chuzos de punta. Conviene estar preparado por si eso sucede-

Entendí. Cogí el paraguas que la señora me ofreció y lo abrí, respiré hondo y di un paso al frente.

Comencé a sentirme bien por vez primera.

La pasajera sin sitio

Albertina Oria de Rueda

Antes de que parase el tren, abrí la puerta y me tiré al andén.

Mi vagón estaba abarrotado. Solo quedaban libres los tres asientos de mi entorno.

El tren discurría entre los campos verdes de Cracovia a Varsovia. Desde la ventanilla, salpicada de menudas gotas que se arracimaban en lágrimas, presumía el paisaje donde aparecían, muy de vez en cuando, islotes de casas de colores con puntiagudos tejados envueltos en bruma.

Observaba a hombres sembrar los campos. Una patulea de niños, caminaban hacia la escuela con sus carteras. Es posible que de mayores abandonasen su tierra por un incierto porvenir en la ciudad. Mi melancolía atravesaba los muros para acompañar a los seres vivientes en su húmeda soledad.

El tren paraba en todas las estaciones donde subían y bajaban pasajeros de forma atropellada. Nadie ocupaba esos tres asientos como si estuvieran malditos.

Tras una duermevela, me levanté para ir a la cafetería. Caminaba de lado a lado impulsada por el traqueteo del tren. Los acelerones me hacían desplomarme sobre brazos, piernas, hombros salientes golpeando mi carne trémula.

Sentía nauseas, adormecimiento de manos, cansancio extremo. Atiné a pedir una gran cerveza a la rubicunda camarera. Confiaba en su poder sedante. Mi cabeza no dejaba de hablarme a chorretones, creaba pensamientos tan rápidos que no podía procesarlos.

Una pareja de hombres a escasos metros se contaban secretos en voz baja. Uno joven paciente, el otro maduro gritón. Una señora en un rincón bebía un brebaje verde.

Al regresar a mi asiento atravesé vagones, muchos, llenos de gentes desconocidas y perturbadoras. Unos dormían, otros leían, otros hablaban, invadían el pasillo con sus piernas cruzadas. Llegué hasta la máquina del tren donde hube de dar media vuelta. Me asaltaron dudas. Y si no encontraba mi sitio. Habrían desenganchado mi vagón. Y si no era y el tren no existía. Perpleja, asustada y ansiosa corrí por los pasillos, vagones, incertidumbres, melancolías, campos verdes, vientos dorados.

Todo lo de fuera estaba en orden, un orden aritmético. Mi sitio había desaparecido, o no lo encontraba. Y en ese espacio no localizado estaba mi seguridad. Lo único que anhelaba era llegar a mi destino.



Imagen tomada de www.freepik.es

El pasajero del asiento 21F

María Ramiro Martín

-Mire, sufro síndrome de vejiga floja. Si no voy sentado al lado del pasillo, le prometo un viaje infernal.

En efecto, en la hilera de las F de aquel chárter con destino Estrasburgo olía a problemas low-cost. El tipo aquel de ojos apagados, se erguía como la guinda podrida del pastel. Con medio gruñido me apelotoné en el asiento de ventanilla. El pasajero del asiento 21F, el que marcaba mi tarjeta de embarque, se mantuvo impassible durante el (terrorífico) despegue. En el preciso momento en que la auxiliar de vuelo se desabrochó el cinturón, procedió a pedir y trasegar un vodka tras otro a precio de lingote de oro suizo.



Imagen tomada de www.freepik.es

A una hora de vuelo, el avión empezó a sacudirse violentamente, provocando un intercambio de miradas inquietas entre los pasajeros. El pasajero 21F, impassible, me miró directamente por primera vez:

- No debe usted preocuparse. En mi pasaporte pone Gérard, pero en realidad soy descendiente directo de Dios. Y como casi-Dios que soy, le diré lo que está pensando. Está pensando: "¿Y ya está? ¡Qué triste fin para esta vida llena de angustia y preocupaciones!" Está usted, si me lo permite, mirándose el ombligo con desconsuelo, rodeada de una muralla cruel, ególatra y encallecida. Oh, le tranquilizo, también los demás lo están haciendo a su alrededor.

En ese momento las luces de emergencia comenzaron a parpadear y ya no fue posible ignorar el destello de miedo en la expresión de la tripulación. Sin duda por error mecánico, saltó el hilo musical de bienvenida mientras el avión parecía precipitarse al abismo. Abrumada por el horror, esto es lo que pensé:

La última canción que voy a escuchar y encima con el loco éste al lado-Ramiro-estamos muy jodidos malditasea por favor que se arápido.

Impassible, el pasajero del asiento 21F volvió a hablarme:

- Tu equipaje es una maleta azul marino, con una cinta anudada en color azul más claro. La ató ahí tu madre hace años, para distinguirla de las demás maletas azul marino. Todo irá bien. Cógeme la mano.

Recuerdo que le apreté la mano como si mi propia madre me hubiera encontrado en el centro comercial tras la llamada de megafonía.

Esperé casi una hora en la cinta de equipajes. Me acercó él mismo la maleta azul marino con su cinta clara anudada. Sonriendo ampliamente, me guiñó un ojo y se alejó hacia la salida sin equipaje.

Coraje

Mireya Arenal

Hacía un año justo que cogí esa ruta por última vez. Ese autobús que me llevaba desde mi ciudad hasta el lugar al que iba de vacaciones. Solo que esta vez se veía todo distinto. Algo había pasado entre él y yo, que hacía que no tuviese ganas de verle.

Sonaba una canción por la radio del vehículo. "Courage". Coraje. Justo ese sentimiento que me inundó el alma cuando ese chico no pudo mirarme a los ojos, para decirme el motivo de su extraño comportamiento hacia mi persona, eso que me acompañó el resto del verano al haberle dado lo mejor de mí a la persona que más amaba, aquello que sentí cuando me despedí de él con un beso.

Porque al parecer nada había sido real, solo un simple y juvenil amor de verano.

Si subes, no bajas

Uxio Nadie

Oigo pasar bajo mi cuerpo las marcas longitudinales discontinuas de la carretera. Zumbando, una tras otra, resuenan idénticas al traqueteo de las traviesas de las vías del tren, mi transporte preferido, tengo que confesar, y en el que me hubiera gustado emprender este viaje. Luego me contarán que son los años que los durmientes van dejando atrás.

Las manchas atornasoladas de gasolina, mi perfume favorito sobre dos ruedas, también circulan, con menos regularidad, pero igual constancia, y los animales espachurrados contra el asfalto, un amasijo de pelo, carne y coágulos, cuya especie la autopsia no ha podido determinar.

A decir verdad, resulta bastante cómodo viajar en horizontal. Todo un avance en confort. Se nota que la experiencia de usuario va mejorando, diseñada y personalizada para customizar las necesidades y peticiones más íntimas del personal. Menos una. Claro está. Ésa no se puede conceder. Nunca ha pasado, que se sepa, y en lo que te insisten al subir.

Pero lo que más me sorprende de este transporte no es que sea el tránsito colectivo, sino que es la ausencia de compañeros de fatigas, ni siquiera desconocidos de los que apartar la mirada. Voy solo. No veo a nadie, ni a mí. El vehículo también marcha vacío, excepto por una lata de sardinas, que se opone a la cresta roja de frenos apelotonados en bajada hacia el campo santo.

A lo lejos y cada vez más cerca, intuyo esas figuras alargadas que se graban imprecisas en el recuerdo, justo después de apagar la luz de la habitación, al despertar de un agitado sueño que no apuntaste y que, más tarde, no recordarás y se desvanecerá. Ellas me están esperando en la próxima parada.

Freno. Punto muerto. Pasos. Silencio. Click. Chirrido, se abre el portón y, cuando se enchufa la música, noto que me dan dos golpecitos en los huesos como si llamaran a la puerta y oigo la sentencia: "Coraje, que ya has llegado".

Verde marihuana

Isabel Barrachina

Me asfixiaba. Necesitaba poner distancia de mi marido, de mis hijos, del trabajo, de todo. Así que me armé de coraje, mandé a Pepe y los niños al pueblo, llené mi pequeña maleta y me largué a una pequeña ciudad de provincias a respirar y a pensar en mí.

El viernes por la noche tras un largo paseo por esa ciudad, otoñal y silenciosa, entré en lo que me pareció el garito con más ambiente de la zona. Al segundo vino y escuchando de fondo *Courage* me dejé llevar por mis pensamientos, por la necesidad de volver a sentir, a ser yo... hasta que de repente, noté unos ojos color verde marihuana observándome y detrás de ellos, un macizorro me sonreía trayendo dos vinos y ganas de conversar.

Cuando cerraron el garito, sólo se oían nuestras risas que se apagaron tras un largo beso que continuó bajo las sábanas de mi hotel. Y allí pasamos el sábado, sin preocupaciones ni obligaciones, solamente nosotros, disfrutando del sexo y el placer de la volatilidad.

El domingo por la mañana, él se fue y yo preparé mi maleta, con ilusión por volver a casa, liberada ya de mis demonios. Cuando salió el autobús, estaba tan enfrascada en mi lectura que sólo me di cuenta de que estábamos casi a medio camino cuando en los altavoces del autobús sonó *Courage*, levanté mi mirada y a través del retrovisor del conductor me encontré con unos ojos verdes marihuana que seguí hasta el baño de la estación de servicio cuando el autobús paró a mitad de camino.



COURAGE

Imagen tomada de <https://vividcomm.com>

A propósito del amor

Andrea Pincu

Subo al tren como todos los nueve de cada mes.

El bastón se me resbala de las manos y al intentar cogerlo se me cae al suelo el ramito de gardenias que llevo.

Un joven que va a mi lado me ayuda. Lleva unos cascos inmensos, como de ingeniero de la NASA, y va escuchando música a todo volumen. Entre el plástico de sus auriculares se escapan algunos sonidos; por la cadencia, parece una canción de amor.

¡Oh, el amor! Qué gran mentira, nos dicen que nos emparejamos por amor, por amor tenemos hijos y compartimos toda una vida juntos, soportando indiferencias y necedades.

Este joven que va a mi lado no sabe nada de la vida.

Llego a mi destino. Ahora toca andar con paso polvoriento cerca de un kilómetro hasta llegar al cementerio donde descansa mi esposa y depositar sobre su tumba las gardenias que tanto le gustan.

Alas de mariposa

Julia Martin

El autobús engulle veloz la carretera, horadando la noche mientras transporta los sueños de los viajeros que duermen. La luz de los faros crea un túnel que devora mis recuerdos, extendiendo una pátina blanca y esponjosa que anestesia piadosamente mis miedos.

Apoyo la frente en el frío cristal, contemplando como empieza a amanecer. Primeramente, aparece una luz tímida y azulada y después una explosión naranja va descubriendo las montañas, viejas moles gigantes que descansan a los lados de la carretera. Son custodiadas por árboles, que aparecen y se pierden velozmente; ejércitos de sombras, que dejan enredadas entre sus ramas a Gabriel, mi antiguo nombre envuelto en la vieja coraza, que ha encerrado mi cuerpo erróneo, equivocado...

En el autobús se oye la canción *Courage* y ese es el sentimiento que me inunda. En este mi viaje cruzaré todo un continente hasta llegar a otro lugar, donde podré ser la mujer que soy. Una mujer anónima, una extraña entre la multitud. Allí, mis alas rotas de mariposa, serán reparadas y podrán abrirse por fin, de par en par. Allí seré yo, Gabriela.

El mundo por montera

Eduardo Mayordomo

Me encontraba hojeando el National Geographic que acababa de comprar antes de subir al bus, cuando una algarabía me sobresaltó. Reconozco que no pude evitar pegar la cara contra la ventanilla al verlo aparecer en la estación en traje de luces a hombros de sus amigotes. Renqueando por los excesos etílicos, lo introdujeron como pudieron a través de la puerta del autobús. Una vez dentro, advertí que el pobre estaba inconsciente. Entre el caos de viajeros desprendiéndose de sus prendas de abrigo o colocando sus pertrechos en las bandejas portaequipajes, hallaron finalmente el asiento que le correspondía, que no podía ser otro que el que había a mi lado. Yo maldecía mi suerte mientras le grapaban el billete a la montera y vociferaban “¡A Bilbao, campeón!”

Si bien en un principio ardía en cólera por dentro, una vez que el autobús arrancó, mi ira fue tornándose en compasión; sus compañeros, con tal de que la despedida de soltero fuera memorable, lo habían abandonado a su suerte sin importarles dónde ni cuándo ni con quién recuperase el estado de vigilia, pero en el fondo, deseándole el peor de los despertares. Conforme el autobús avanzaba, me lo imaginaba cargando de por vida con el oprobio de oír los mismos chascarrillos a su costa año tras año.

Fue mientras escuchaba la canción “Courage” de Villagers, cuando lo planeé. Al llegar a la parada de Lerma, aprovecharía para entablar una conversación con él y proponerle un trato que no podría rechazar: Intercambio de atuendos e identidades. Él no encontraría ningún problema en suplantarme, pues no tengo familia ni amistades y mis compañeros de trabajo, los dinosaurios del cuerpo de archiveros del ministerio de justicia no notarían la diferencia; acantonados cada uno en nuestra respectiva planta de sótano, pasamos meses sin vernos. Por mi parte, al llegar a Bilbao, me convertiría en el matador errante: cogería un autobús a Hendaya, allí tomaría un tren a Niza y de allí a Trieste y luego Budapest, Kiev, Volgogrado, las estepas kazajas, los Traps siberianos... para acabar con mis manoletinas a orillas del lago Baikal.

El Destino

Feelin

No sé para qué voy ni por qué pienso que la incertidumbre se disipará por fin, cuando alcance el destino. No hace falta ser profeta para ver que mis preguntas nuevamente chocarán contra un muro silencioso y quedarán suspendidas en el aire, debilitadas y confundidas...

Si lo sé, ¿por qué no dejo de darle vueltas y no disfruto del viaje sin más?

O ¿por qué no intento encontrar las ansiadas respuestas antes de llegar? Las pistas las puede aportar cualquier cosa mínima y pasajera: unas vistas anodinas que nuestra mirada distraída atisbe por la ventanilla; una conversación ajena cuyos retazos nos lleguen de refilón; una persona desconocida, por muy callada y ensimismada que esté, sentada a nuestro lado con unos cascos por los que cuele al exterior una melodía líquida y relajante...

A ver si la letra de la siguiente canción me sugiere alguna clave, alguna dirección... Parece melancólica, retrospectiva... El tiempo que tardó en llegar adonde quería... Un comienzo prometedor: el cantante llegó a su destino. Pero a saber en qué condiciones llegaría, con lo triste que suena... El desencuentro amoroso lo explica, pero no me viene a cuento... Sin embargo, eso de estar en armonía... eso del coraje... podría encajar.

Así lo veo: el coraje de llegar, alcanzar el punto final... para comprobar que el destino era una quimera.

La armonía está aquí. En este momento. Mientras dura el viaje.



designed by  freepik.com

Imagen tomada de www.freepik.es

En este segundo grupo de relatos, con la intención de practicar la escritura en tercera persona, bien como un narrador que solo conoce lo que sabe el protagonista (equisciente), bien como el propio escritor, que todo lo sabe y conoce (omnisciente), se propone desarrollar uno a partir del encuentro por parte del protagonista, de un objeto de valor (un camafeo, por ejemplo). Estas son las historias surgidas en apenas unos quince minutos:

El camafeo secreto

Isabel Barrachina

La familia de Victoria ansiaba el camafeo que ella desde joven había lucido en su corazón, pero nunca se había permitido enseñar. El camafeo era un precioso colgante modernista de oro, con una bella mujer que miraba enamorada en su exterior. Por eso, el mismo día de su fallecimiento, tras varios años de *alzheimer*, sus sobrinas asaltaron su dormitorio y se sorteaban para quién sería tan preciosa joya. Tal era su deseo de tenerlo que entre ellas discutieron e incluso hubo gritos e insultos. Ellas, esas sobrinas tan dignas, tan educadas...

Cuando por fin encontraron entre la bolsa que llegó de la residencia el camafeo, la sorpresa fue mayúscula cuando al girar la joya, descubrieron una vieja foto de dos mujeres que se miraban con amor, ese amor que nunca hubieran imaginado en la tía Victoria... Y de repente, como si nada hubiera pasado, las sobrinas guardaron el camafeo en la gran bolsa blanca y salieron de la habitación cerrando la puerta y dejando que María, la vieja ama de llaves, recogiera la foto que le pertenecía.

Nada que declarar

María Ramiro Martín

Amanecer apacible en el aeropuerto de Milán. Abraham Keret apura su café y se dirige sonriente a su puesto de trabajo. Abraham Keret es un tipo afortunado. Trabaja como guarda aduanero para la exclusiva y lujosísima compañía aérea de El-Al, lo que le da derecho a apropiarse "legalmente" de valiosos equipajes requisados. Su novia sólo lleva lencería de lujo (no siempre de su talla) y su madre estrena cafetera cada mes. El botín de hoy, extraído de la maleta de Yosseg Birnbaum, resulta más que decente: dos relojes *Patek-Philippe* con certificado de autenticidad, un juego de cuentos de Pascua en plata... y una fabulosa máquina de afeitar último modelo. Su precio de mercado es de tres ceros. No puede evitarlo: saca la maquinilla de la caja para admirarla. Líneas depuradas, superficie cromada como un espejo. Del hueco del enchufe cae un papel: "23 de marzo a las 13:57, cumpleaños de PAPÁ"

"Papá se queda sin regalo de cumpleaños este año", piensa jocoso Abraham.

Aquel día, 22 de marzo, el agente Keret abandona puntualmente el aeropuerto, ignorando alegremente que su vida se vería sesgada de forma dramática menos de veinticuatro horas después. Exactamente a las 13:57 horas del día siguiente.

Un secreto barato

Albertina Oria de Rueda

El chaval pelirrojo anda buscando a la desesperada dinero por toda la casa. Tiene que ir de marcha con sus amigos. Aprovecha el hecho de encontrarse solo en casa, al salir su madre a por el pan. Abre con rapidez y estrépito diversos cajones, levanta papeles, ropas, mira, rebusca por los rincones, no aparece ni un céntimo de euro.

Levanta el colchón de la cama de su madre, los ladrones siempre miran ahí, piensa. Le sorprende ver, en el lugar donde debería estar el fajo de billetes, según su prospectiva mente, un camafeo guardado celosamente en una cajita entelada en el que se desentraña el gran secreto familiar.

El muchacho abre las dos hojas de la joya y observa con sus ojos azul pálido, la foto de su madre joven y la de la que cree es la madre de su madre.

Exclama con bajo entusiasmo, *“Anda si yo creo que esta tía es Carmen Sevilla, qué hace en este chisme con mi vieja”*.

Justo en ese instante, se abre la puerta de entrada y sale al encuentro por el pasillo. *“Madre, te devuelvo este trasto si me das cien euros para ir con mis amigos”*, exclama mientras balancea la cadena ante su cara. Y le da un beso.

Para el chaval el secreto tiene bajo precio.

Ondas escarlatas

Julia Martin

Ezequiel vuelve a casa después del funeral por su madre. Con tristeza acaricia los vestidos de noche que fueron de ella. El toque, esparce el perfume de su madre y su corazón se encoje.

Puede recordar a su madre vestida con todos y cada uno de ellos, elegante y hermosa, del brazo de su padre camino de cenas y fiestas.

Se acerca al tocador y revisando los cajones, encuentra una cajita envuelta en un pañuelo de seda. La abre y aparece un camafeo de cuarzo rosa, enmarcado por una filigrana de plata. En su interior, la foto de su madre joven, sonrío feliz. Un pequeño resorte se abre y aparece la foto en blanco y negro de un apuesto joven, que le mira directamente a los ojos y que le resulta vagamente familiar; a su lado nuevamente su madre sonrío y entremezclados aparecen dos mechones de pelo: uno negro azabache, sin duda de su madre y el otro, un acaracolado mechón pelirrojo.

Se mira instintivamente en el espejo y coge la foto de él y sus hermanas mayores que preside el tocador.

Marta, la mayor, de pelo negro como la noche. Elisa, la segunda, con una cascada de rizos rojos como el fuego. Laura, la tercera, con su eterna melenita negra con flequillo y, por último, él, con el pelo rojo y endiabladamente rizado.

Vuelve a mirar la foto del extraño y empieza a dudar, muy seriamente que realmente existiera una tía abuela pelirroja en la familia.

Dánae and the Wisdom

Bárbara Izquierdo

Dánae volvía a su casa después de un largo día de trabajo. Al caminar, dio con la punta del zapato a un objeto inesperado, se agachó para cogerlo y al levantarse, todo su mundo se había transformado en otro muy diferente. Lo observó detenidamente y volvió su vista a la joya, era un precioso camafeo; despacio lo abrió y descubrió la foto de una hermosa joven con el cabello largo en ondas y destellos anaranjados.

Dánae empezó a deambular por el nuevo escenario al que había accedido intentando comprender qué había sucedido. Estaba en medio de la naturaleza. ¿Qué podía esperar? Siguió caminando hacia un árbol del que procedían unos rayos brillantes que se reflejaban en la maleza. Allí encontró un espejo; se asomó a él. Desde dentro del espejo emanó una voz: *“Dánae, has entrado en otro plano, diste un salto en el tiempo por el hecho de tomar contacto con el objeto. Ahora, tú tienes la misión de revivir en ti a Alessandra, la muchacha de la foto. Ella se marchó inesperadamente. Después regresarás a tu hogar.”*

En ese mismo momento, el cielo irradió una iridiscencia lumínica cuya energía le inundó por completo. Recordó: -Ahora, tú eres Alessandra- Vio su imagen cambiada en el espejo.

En el horizonte, tres hombres se acercaban. Los reconoció y corrió hacia ellos, sus hermanos. De sus ojos brotaron unas lágrimas tan enormes, que daban saltos por su cara; se abrazaron fuertemente y la voz del espejo volvió a hablar: *“Alessandra, entréales el camafeo, dentro de él está tu alma. Ellos podrán conservarla hasta que vuelvan a reunirse de nuevo contigo.”* Una vez en sus manos, se alejaron contentos.

“Dánae, es hora de volver” Su imagen volvió a reflejarse en el espejo, esta vez, un halo dorado la envolvía. *“Esta otra dimensión agradece tu feliz paso por aquí. Ayudaste a esa familia y serás recompensada en breve”*

De pronto, Dánae fue devuelta a la misma calle donde se produjo el misterioso encuentro. Parecía no haber pasado ni un minuto. Todo seguía su curso normal. Pero la intensidad de la experiencia, le dejó un poso de serenidad en su interior que reconoció como el regalo que le había sido concedido. Tanto es así, que nunca esperó nada más grande, pues a ella le bastaba solo con eso.

A SOLAS

Alfred Main Solsona

Iba caminando, de repente tropezó con algo, era un camafeo plateado simulando a un áspid, aquello resultó ser su desapego.

Linaje

Andrea Pincu

Margarita recibió de manos de su madre un camafeo antiguo, tal vez del siglo XIX, era una efigie de mujer tallada finamente en marfil. Se parecía enormemente al perfil de su madre.

Lo guardó entre paños de terciopelo y de vez en cuando lo sacaba para echarle una cariñosa mirada.

Al envejecer se lo entregó, casi como en un ritual, a su hija Alicia. Esta lo guardó con mimo hasta su muerte

Graciela, su hija, unos días después del entierro, se puso a revisar las cosas viejas de su madre. Entre cartas sepias atadas con cintas de raso encontró el camafeo.

Lo sopeso un momento en sus manos y lo echo indolente a la cesta que tenía preparada para llevar a la casa de empeños.

La espada de la valentía

Mireya Arenal

Abrió el baúl y su sorpresa fue mayúscula al encontrarse ahí una vieja espada. Su mejor amigo lo acompañaba, y con mucha convicción le decía que la cogiese.

Nunca había tenido un arma entre sus manos; el joven campesino la empuñó con tanta nobleza que parecía un guerrero posando para ser pintado.

Fue entonces cuando vio que en la empuñadura había algo escrito. Un nombre extraño que no había escuchado en su vida. Preguntando a sus familiares, descubrió que esa espada perteneció a un ancestro suyo, un noble que dedicó parte de su riqueza a financiar las guerras.

Al enterarse de esto, quiso honrar a sus raíces y participar él mismo en la batalla. Ni diez minutos que duró en pie.

El secreto

Feelin

No, no esperaba encontrarlo. El medallón de su abuela, que le sonaba vagamente de cuando era pequeña. Ella siempre lo llevaba puesto, escondido bajo la blusa oscura; nunca dejaba que la niña lo abriera. Recordó que de niña sentía, que se moría por abrirlo y descubrir lo que se escondía dentro. Pero era una niña y obedecía a lo que mandaban los mayores. Ahora ya no es una niña y no tiene que obedecer. Dio con él por casualidad, buscando una fotografía familiar en la cómoda de la casa vieja. Lo abrió. Y ahora siente que se muere por haberlo hecho.